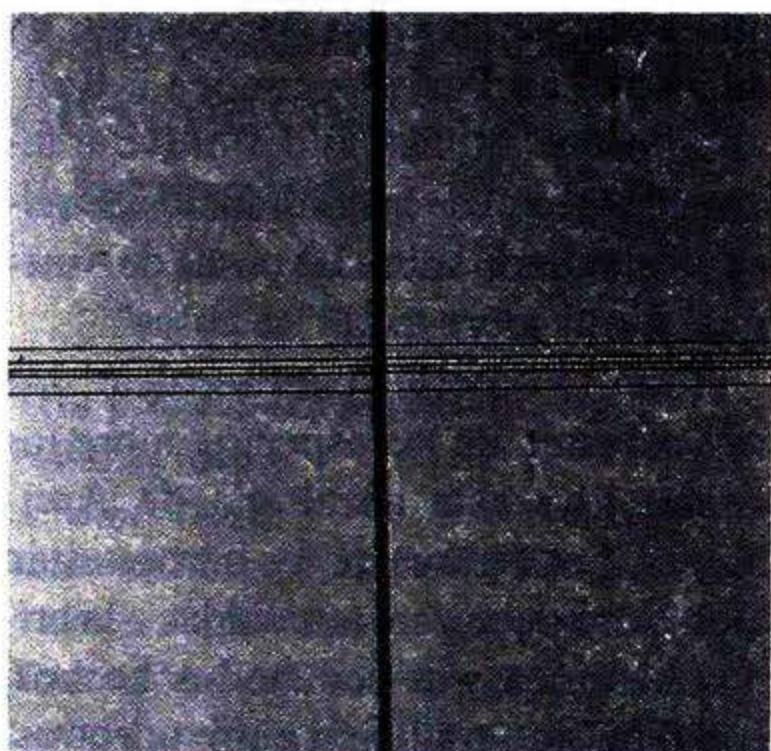


parecer negado a todo comercio con el mundo, pero en cambio inverosímilmente *consagrado* a publicar libros de poemas. Una vida griegamente organizada dentro de unos límites modestos y una poesía —sabría el propio grecófilo poeta— exacerbadamente patológica, salida de todo límite.



Creo que el patetismo y la contradicción son los argumentos que aducen hoy no pocos detractores (aunque más bien son “ignoradores”) de Pardo García, en otro tiempo candidato de parroquia al premio Nobel. Personalmente no adhiero a tales criterios y, confiado al principio de que “buen poeta es el que escribe buenos poemas”, considero que Pardo lo es, así haya escrito unos cinco buenos poemas (creo que hay más) entre uno o dos millares. Ningún hombre pierde el tiempo y menos cuando se dedica a oficios inútiles. Por eso demando estudios serios, críticas pertinentes a una obra e interpretaciones que dejen los cadáveres en su sitio y valoren lo que puede seguir siendo vida.

Es de apuntar, finalmente, que la presente *Biografía de la angustia* arranca en su primera mitad hablando de un poeta vivo; en el 91, año de la muerte de Pardo García, el libro hacía la correspondiente eterna cola para ser convertido al sagrado lenguaje de los tipos de plomo; el suceso no modificó el enfoque sino que motivó un complemento final, repetición fastidiosa de todo lo dicho en la primera parte original. También es de destacar que Páez Escobar se ha propuesto desde hace un decenio rescatar el nombre y el prestigio del poeta entre sus coterráneos; el propósito parecía tener fines

prácticos hasta el 91. Hoy no ayudaría siquiera a que un mejor viento expandiese sus cenizas.

ÓSCAR TORRES DUQUE

Un capítulo más para la iconoclastia

Bolívar y Santander, vidas paralelas

Germán Arciniegas

Planeta, Memoria de la Historia, Santafé de Bogotá, 1995, 301 págs.

No hace mucho tiempo discutíamos con un amigo acerca de los méritos literarios del Libertador. Una de las conclusiones era que, sin ser brillantes en demasía, eran demasiado altos como para provenir de un soldado, y más aún de un político. Recordábamos cómo es posible pasar por las ochocientas páginas de algunos de los libros editados por el Congreso (no todos, por supuesto), sin encontrar en ellas una sola idea. Apoyados en Germán Arciniegas, recordábamos que en Bolívar no pasan dos párrafos sin que salga a relucir alguna idea interesante, inteligente. Por lo demás, Bolívar resulta abundante, prolijo. Es casi imposible concebir que desde los campos de batalla se puedan escribir veinte cartas, diez notas de instrucciones, tres proclamas y dos discursos en un solo día, en estilos y con ideas bastante disímiles. Recordábamos también de qué manera la iconoclastia de Arciniegas —o el decir simplemente lo que se piensa— lo llevó a que se le prohibiera la entrada en Venezuela y a casi a quedarse sin patria en la propia Colombia por haber dicho en Caracas, en 1968, que Simón Bolívar fue el primer indocumentado que pasó la frontera entre Colombia y Venezuela. Luego, en *Bolívar y la revolución* (1984), expresó que “Bolívar no fue más que un guerrero, el Libertador” y que “el resto es un mito de papel que se inventaron los manipuladores de la historia”. Y, para completar, escribió que al Libertador no se le podía pedir consis-

tencia, porque “se contradecía con un entusiasmo raro”.

Creo que hay que ser ciego, o no saber leer, o tener el patriotismo por las nubes, para negar lo que con toda evidencia sostiene Arciniegas.

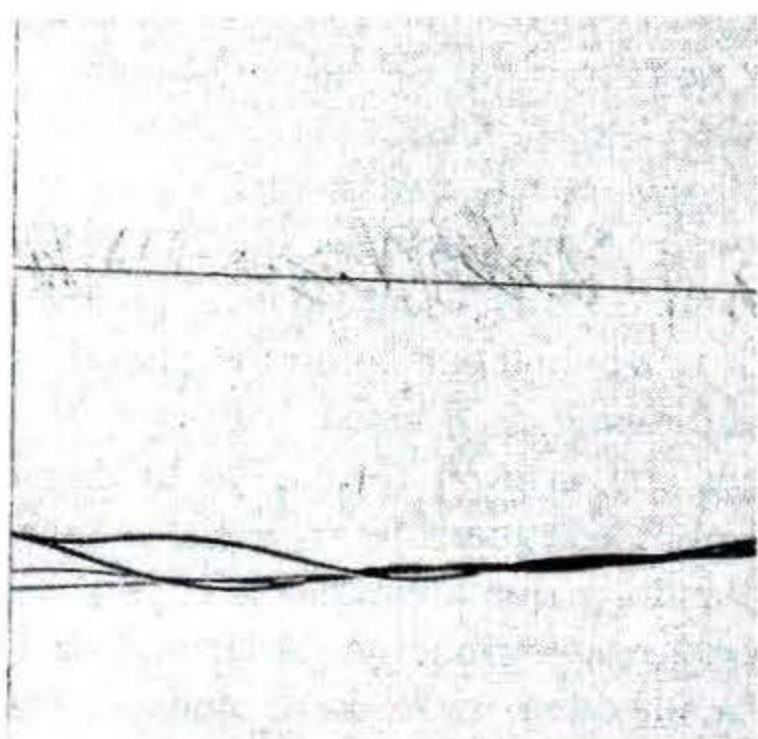


Pues bien: un par de días después de esta charla, mi amigo, que es uno de esos escritores superiores que no merecen ser editados entre nosotros, se apareció con un cuento, cuya lectura me impactó profundamente. El narrador era un tal Soto. Soto es una especie de lugarteniente, un amanuense del Libertador. Su función, y por ello se le paga y se le otorgan prebendas, es la de servir de “cerebro” del héroe. Mientras el uno guerrea, manda y recibe honores, el otro redacta cartas, proclamas, discursos, Constituciones, que el otro firmará. Soto está sentado en el pináculo de una colina que domina el panorama del Puente de Boyacá. Sabe que tiene que convertir en Termópilas la simple emboscada guerrillera que está contemplando, y que a cambio le espera una generosa retribución. Apartado de la batalla como un Homero omnipotente, sabe que su vida es acaso más importante que la de su propio jefe. Sabe que tiene un dominio sobre aquél, y que de algún modo lo tiene entre sus manos. Entre divertido, irónico y amargado, reflexiona acerca de la condición del escritor, del intelectual que descansa detrás del Poder. Como una especie de Cyrano de Bergerac criollo, tiene que apartarse cuando el Libertador se acerca al lecho de las amantes, que, en igualdad de condiciones, lo hubieran preferido a él. Un Bergerac más trágico aún, puesto que es apuesto y cede al otro únicamente en el manejo del Poder, esa

entelequia que, no lo niega, descansa en la imagen del "héroe", la cual requiere unas condiciones, una energía, un carisma al que ninguna inteligencia podrá jamás suplir.

¡Admirable relato! Por fortuna para mi amigo, este capítulo de la iconoclastia permanece inédito.

Ahora bien, cuentan los chismes que hacia finales de la década del cincuenta el Banco de la República editó la correspondencia completa de Santander. No bien la leyeron algunos furiosos santanderistas, se ordenó recoger y, presumiblemente destruir, la edición completa, no fuera el país a enterarse de algunos detalles de la vida del "héroe". Según la misma fuente de alta fidelidad, esas cartas permanecen inéditas y habrían sido minuciosamente evitadas por los autores de los cincuenta recientes tomos que editó la Presidencia de la República e incluso por doña Pilar Moreno en su magnífico libro sobre el Hombre de las Leyes. No lo sé, y no me consta, pero si es así, pienso que valdría la pena afrontar el reto de publicarlas, y, si es el caso, de pasarlas por el cedazo de la crítica histórica.



¿Cuál es, si no, la función del historiador? me pregunto si en el fondo de los problemas de Colombia no habrá, entre tantas cosas, el soporte de una cultura de falsos prestigios, de falsos héroes. Me pregunto si todo el que alcanza un logro superior entre nosotros no lo debe a su propio esfuerzo, "a pesar" y no "debido" al ambiente que lo rodea. Creo que el país ya empieza a reconocer a sus falsos héroes actuales, pero, ávido de olvido, ha desdeñado indagar en la historia. Creo que de algún modo valdría la pena poner

en la picota e indagar acerca de quiénes han sido los personajes nefastos con cuya invaluable ayuda estamos como estamos.



No quiere esto decir que haya que destruir ídolos como Bolívar y Santander, que ambos tienen méritos más que suficientes para descansar como pilares de una nacionalidad. Pero sí hay que evitar que sistemáticamente se glorifique al uno en desmedro del otro. Arciniegas no deja de señalar las virtudes de ambos e incluso, y esto ya es más típico como aporte propio del autor, una especie de amor mutuo y de incomprensión atizada por enemigos comunes, en fin, una relación siempre arruinada por quienes los rodearon.

Me parece un error publicar una antología temática de Arciniegas. Quizá para Cobo Borda haya sido agradable elaborarla, con el atractivo de la búsqueda y la selección; mas no así para el lector, puesto que se convierte en una antología de repeticiones. Esto hace que su lectura sea difícil y muchas veces aburrida. Casi todo el libro insiste en que la desgracia para Bolívar, para Colombia y para América, fue "no habernos arreglado con Santander". No obstante, como en Borges, casi siempre aparece por ahí el dato inaudito, escueto, o el comentario irreverente que no aparece en ningún otro escrito, y esto ya justifi-

ca algo el libro. Y aunque es cierto que en los discursos oficiales Arciniegas contiene un poco la lengua, en otros deja paso a esa iconoclastia crítica que por momentos resulta deliciosa, como cuando Emil Ludwig anota que en París se conoce a Bolívar por una calle y una estación de metro, a lo cual responde Arciniegas que el error de Ludwig consiste en decir que en París se conoce a Bolívar. Porque "el hecho definitivo e indiscutible es el de la ignorancia que reina en el mundo sobre las cosas de América, y aun sobre todas las cosas".

Todo lo anterior para recalcar una vez más uno de los aspectos sobre los cuales gira esta antología de Arciniegas. Las figuras de los héroes están bien, pero deben ser sometidas a la crítica histórica, sin ocultar los hechos, como ha sido tradición entre nosotros. Es por lo demás un abuso maniqueo el apropiarse para sí mismo a los héroes. Esa falta de crítica explica que los conservadores vayan con el uno, los liberales con el otro, los venezolanos con el uno, los colombianos con el otro, los costeños con el uno, los cachacos con el otro, el M-19 con el uno, el gobierno con el otro. ¿Por qué razón hay que aliarse con uno u otro personaje? ¿No se puede ser, como Eduardo Santos, cultor de ambos a la vez? ¿O de ninguno de ellos?

Un buen día, ojalá lejano, se armará la furrusca con Venezuela. Tarde o temprano habrá de ser, pues el futuro es muy largo y la ley de Murphy muy corta. Sólo estamos esperando que la situación social y económica llegue a tales extremos en ambos países como para justificar una agresión armada cuyo presumible final será que el Golfo de Venezuela revierta a su dueño legítimo y natural (Estados Unidos), y el resto de árido desierto, en nombre de los derechos humanos, a su dueño legítimo y natural (los guajiros), no sin antes dejar un buen número de humildes viudas y huérfanos. No me cabe duda de que, cuando ello suceda, en Colombia tendremos una oleada de antibolivarismo y en Venezuela una de antisantanderismo. Y lo siento mucho por un puñado de colombianos y por un puñado de venezolanos que no juzgan las cosas por los calores y colores

del momento y que están más allá de los odios que, como buenos hermanos, se profesan los dos países.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Entre silencios de semicorchea y bemoles

Tres piezas para percusión, arpa, celesta y piano

Johann Hasler

Premios Nacionales de Colcultura, Música, Composición, Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá, 1995, xvi, 32 págs.

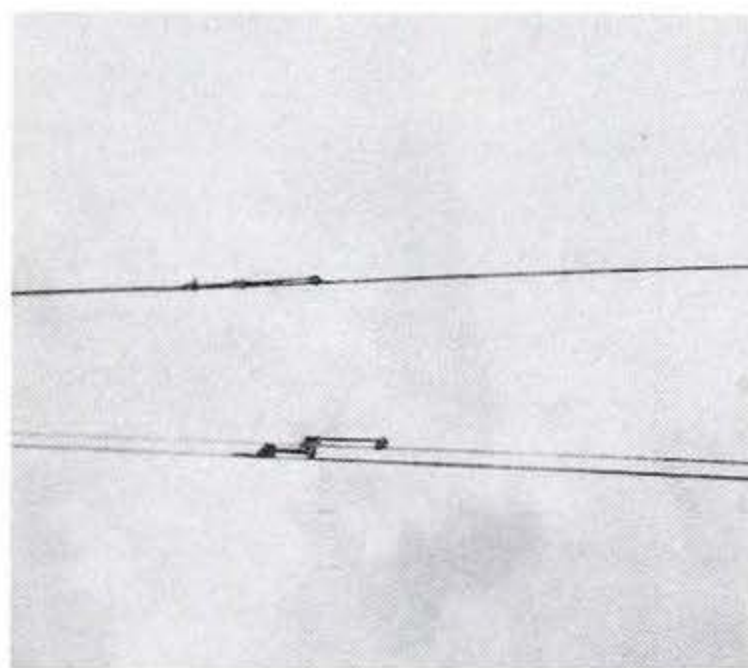
Guácharo

Luis Pulido

Premios Nacionales de Colcultura, Música, Composición, Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá, 1995, 72 págs.

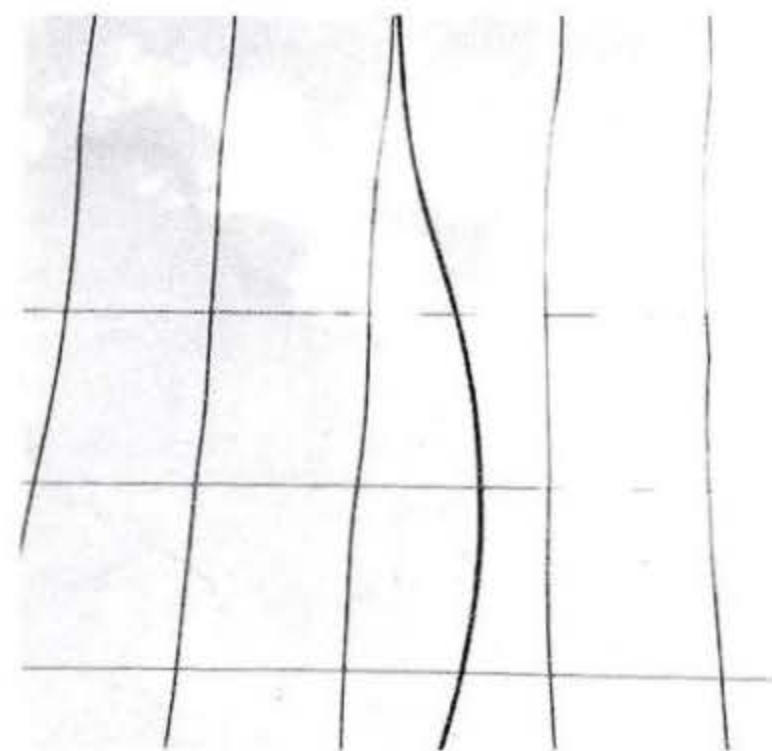
Aunque no le corresponde a nadie aquejado por el diletantismo —cuando se descubre en el término, por contexto o por intención, aquel no muy oculto rostro execrable— alejarse de sus territorios, no existen dificultades al momento de vencer cualquier resistencia —siempre nominal—. Así, luego de la audición del 22 de octubre de 1995 en la Sala de Conciertos de la Biblioteca Luis Ángel Arango, en que se estrenaron las obras *Guácharo*, de Luis Pulido y *Tres piezas para percusión, arpa, celesta y piano* de Johann Hasler, me atrevo a hacer algunas apreciaciones limitadas, puesto que resultan tras escucharlas una sola vez —no fueron grabadas y las partituras, en estos casos de música contemporánea, no resultan dicientes para el aficionado—. *Guácharo*, escrita para una combinación de cámara que no recuerdo en obra diferente, presenta una interesante exploración tímbrica con medios tradicionales, con algo que califico como *hasta ahora inéditos unísonos* y un desarrollo muy contemporáneo a partir de pequeños elementos —rítmicos y de

intervalos—. Para aventurar un despropósito, existe algo del compositor artífice —como Ravel, por qué no como Stravinsky— y para remediarlo, aparecen ciertos ecos de Franco Donatoni —quien fue maestro de Luis Pulido—. La obra se inicia con carácter dramático. La segunda sección, que comienza sin contar con los vientos, de nuevo se basa en figuras rítmicas repetidas, pero en este caso, con saltos caprichosos. El contrabajo, protagonista en toda la obra, tiene en la tercera parte un hermoso solo. El final es antífona, juego y cierto espíritu de jazz. Las *Tres piezas* de Johann Hasler resultaron acaso demasiado especulativas pero quizá allí radique su principal interés, pues el compositor cuya obra se había desarrollado en una estética neoclásica —como después pude saberlo— trae a ella una visión de la melodía de timbres con instrumentos tradicionales tratados de forma inusual —para nuestro medio— que resulta en sonoridades desconocidas y además ayuda a renovar ideas sobre los instrumentos de percusión.



En cuanto a los libros, a manera de comentario general, los Premios Nacionales de Colcultura 1994 muestran un innegable avance en cuanto a cubiertas, las cuales se caracterizaron, en las ediciones de 1992 y 1993, por un diseño que, tal vez, era apenas un bosquejo. Bastan para confirmar esta aseveración el búho símbolo del Instituto Colombiano de Cultura, que parecía aquejado por una enfermedad degenerativa en etapa avanzada (1992), los problemas de impresión cuando se aplicaba el diseño a formatos de tamaño carta hacia arriba y las letras P y N,

mímicas de dudosa factura de ciertas fuentes "script" clásicas. Aunque la apariencia "pixelada" (cuadrículada) no figure dentro de mis preferencias, las nuevas carátulas, vistas desde cierta distancia, resultan agradables y sugerentes, más cuando renuncian al plastificado. La impresión presenta ciertos defectos en el registro, que se hacen notorios en elementos pequeños como el búho —de nuevo damnificado, pero ahora con mejor salud—, el texto de las contraportadas y las líneas blancas, quizá porque el material cede en la impresión. El papel interno es de grata apariencia, pero resulta algo traslúcido.



El libro de Johann Hasler padece de algunas inconsistencias. Las páginas de texto, once fuera de la(s) portadilla(s), no numeradas, son el punto débil de la edición. El folio identificado con el título GLOSARIO DE SIMBOLOS E INDICACIONES (sic), con mayúsculas sin acentos, pese a que el libro, desde la portada, hace de ello una premisa, presenta en pocas palabras multitud de errores: [...]línea, página[...], espacios dobles entre palabras, espacio coma espacio... y la letra, a diferencia del resto de la sección está en un tamaño mucho más pequeño y con alineación diferente. Dentro de las indicaciones consignadas, adelante aparecen cuatro posibilidades de lo que llamaré "ondas caprichosas" que en la partitura se tornan en "ondas simétricas". Los títulos de las secciones y de las piezas no son uniformes. Remitido a la primera página de texto, encuentro mayúsculas centradas subrayadas con una línea de alrededor de un punto, más bien distanciada, que se extiende uno o dos